

RECLUSA

-I-

LITTLE DARLING

Tumbada observa la luna como cuando era niña. Está casi llena. Las estrellas las intuye. Estarán, claro, pero en la ciudad se vuelven invisibles, como las mujeres como ella que frisan los cincuenta, o eso piensa. Puede ser que esté equivocada, a lo mejor todavía la miran, quizá no la esquivan con la mirada. Quizá algunos ojos todavía viajan a los suyos y ella no se da ni cuenta. Como los de Juanjo aquel verano en el pueblo, aquella noche de agosto en que se quemó el monte. Un fuego feroz y glotón que amenazaba con tragarse todo. Y un grupo de adolescentes refugiado en casa de uno de ellos oyendo un disco de The Beatles. Bebiendo mientras el mundo se acababa. Y ella hipnotizada con la portada en sus manos, flipando con la foto tomada por Iain McMillan en el cruce de Grove End Road con la calle Abbey Road, frente a los estudios de EMI en Londres, con los integrantes de la banda cruzando un paso de cebra. Dicen que el fotógrafo tuvo que subirse a lo alto de una escalera plegable durante diez minutos, que fue lo máximo que la policía accedió a cortar el tráfico, desde donde apenas pudo tomar seis fotos. Es curioso que Abbey Road esté considerado uno de los álbumes mejor elaborados por los de Liverpool, aunque la formación apenas funcionaba ya como un grupo unido en esa época. En el tocadiscos sonaba el *Here Comes the Sun* de George Harrison, mientras se veía el fulgor de las llamas en el monte, como el fuego devoraba el bosque. Entonces, se acercó Juanjo y le susurró al oído *Little Darling*. Ahí venía el sol, todo estaba bien. Pero, desgraciadamente, les faltó verano y un poco de arrojo.

Pero de eso ya hace mucho tiempo, ahora todo da igual. Está muy cansada, le duelen todos los huesos, solo quiere cerrar los ojos y dormir. Y convertir la luna llena en luna nueva, y soñar que aparecen las estrellas, mientras sus recuerdos se escapan como un puñado de arena fina entre los dedos.

TRISTEZA

El amanecer le ha sorprendido despierta y triste. Ya hace tiempo que le gobierna la tristeza. Y no se trata del maldito confinamiento que se prorroga y prorroga. Lo que verdaderamente la está matando es que esperaba un cambio de actitud por parte de él. Ella pensó que la pandemia sería una gran oportunidad no solo de repartir las tareas domésticas de manera igualitaria, sino de algo más profundo. Se abría la posibilidad de disfrutar de la familia, de jugar con sus hijos, de intentar mejorar su relación de pareja, de recuperar su vida sexual. Aspectos que se habían ido deteriorando por la falta de tiempo, por la incomunicación entre los dos. Ella necesitaba volver a sentirse valorada. No, no la trataba demasiado bien. Y no es que le hubiese puesto la mano encima alguna vez, faltaría, era esa manera de menospreciarla, de no dejarla opinar en una reunión, de burlarse de sus argumentos. Esto la enfurecía, ese trato era un constante motivo de conflicto. Muchas veces había pensado en coger a los mellizos y largarse. Cada vez estaba más convencida de que el amor solo era una palabra bonita.

La radio despertador informa del número de muertos, casi mil ayer. Lola se lamenta. Javier, su marido, resopla sobre la almohada. Aún duerme, ahora que no tiene que ir a trabajar no suele levantarse antes de las once. Ella sigue la rutina y a las siete ya está en pie. Piensa que le vendría bien que él hiciese lo mismo, madrugar y desayunar juntos y distribuir tareas. Porque él se ha adjudicado bajar al perro y así se da una vuelta y se airea, y se fuma un par o tres cigarrillos mientras Canuto caga y deja su impronta en las calles del barrio, porque él no es de recoger nada. También va al supermercado, pero acude tan tarde que le toca estar en la cola un buen rato y acaba matando la mañana. Ella mientras ha levantado a los niños, ha regañado con su pereza, con su lentitud al vestirse, ha lidiado con sus quejas en el desayuno. Y después de llevarlos al colegio, ha vuelto

corriendo a casa a seguir con las tareas domésticas: limpiar, cocinar, planchar, poner lavadoras...

Lola se ha acostumbrado a tomarse el café con leche de pie y sola en la cocina, piensa si hoy va a ser el día en que, por fin, Javier consiga rollos de papel higiénico y harina. «Cuando pase todo esto alguien tendrá que hacer un estudio de la cantidad de bizcochos que la gente ha horneado», reflexiona.

La radio anuncia el nuevo paquete de medidas del Gobierno. Y entre ellas, el cierre de las escuelas. «Lo que faltaba, ahora a ocuparse de los niños», se lamenta.

-III-

NINOT

Para Lola era muy importante que él le ayudase con los mellizos. Está siendo dura la convivencia en casa con los niños, siempre aburridos y riñendo entre ellos. Esperaba que les obligase a hacer los deberes, y que les prestase ayuda si lo necesitaban. Y aunque Javier se sienta con ellos, pronto pierde la paciencia y se desentiende. Y pasa el tiempo viendo vídeos en el móvil y animando las redes sociales. Cuando los mellizos alborotan les grita y suelta algún coscorrón. Entonces a la algarabía se añaden los gritos del padre y los lloros de los niños. Y ella se acordaba de su tía Engracia cuando le decía a sus hijos: «Me vais a enterrar, me vais a enterrar». Una expresión que le daba mucha risa, pero ahora no se ríe, ahora ya no le hace gracia el recuerdo de su tía lamentándose. Ahora resignada deja la ropa que está tendiendo, pone paz y se sienta entre los mellizos y los insta a seguir con los ejercicios, mientras mira de reojo la sonrisa estúpida de su marido que ve un vídeo de un anuncio de cerveza y mujeres de pechos operados.

Lola se ha levantado con el firme propósito de hacer alguna actividad con los mellizos. Ya se ha dado cuenta de que va a tener que hacerse cargo de los niños, y de que Javier resta en vez de sumar. Se le ha ocurrido que pueden hacer una falla con papel de

periódico y cola de carpintero, y luego pintarla. Hoy es un San José atípico, un día huérfano de tracas, buñuelos y lágrimas en la *cremà*. Van a hacer un *ninot* al que van a indultar, porque no se puede bajar a la calle y pegarle fuego. Además, quiere que cuando todo esto pase y se haya convertido en un mal sueño, la visión del muñeco represente el símbolo de la esperanza que supuso en los malos tiempos.

Por supuesto Javier no ha hecho nada, solo cuando el *ninot* estuvo acabado, les ha hecho poner los blusones a los mellizos y a Lola, y luego los ha grabado con el móvil, mientras ponía el himno regional. Después se ha dedicado a distribuirlo por las redes como si él hubiese sido el artista fallero. A Lola le han dado ganas de pegar fuego al muñeco, a ver si es verdad que el fuego lo purifica todo.

Esa noche Javier la busca en la cama, pero no la va a encontrar. Le ha dicho que está agotada, y es verdad. Pero su cansancio viene de lejos, mucho antes del confinamiento. En el centro del colchón se ha instalado un elefante entre los dos que los separa y parece que ha venido para quedarse. Ambos lo saben. Aunque a Javier le cueste reconocerlo.

-IV-

EL ELEFANTE

Hace mucho tiempo que no le apetece follar con él, que ha menguado su interés por mantener viva su relación sexual, que la cama ha dejado de ser un lugar de confidencias y placeres. Lola albergaba la tibia expectativa de recuperar algo de ilusión con el confinamiento, pero no. Era una buena oportunidad, pero enseguida vio que no había solución posible, que Javier seguía igual. La inapetencia de Lola nacía del ninguneo, de sentirse como una mierda. No se trataba de ningún problema de disminución hormonal. «Ve al ginecólogo, que estás menopáusica», decía él. La falta de deseo sexual no tenía nada que ver con la poca imaginación de Javier en la cama, con su forma aburrida

y mecánica de hacer el amor, o quizá un poco también. Lo que realmente estaba matando a Lola era la negación de sus argumentaciones por parte de él, ese *no* por sistema, para luego apropiarse de sus ideas como si fuesen suyas. O como cuando le cortaba la palabra en las reuniones cambiando de tema y captando la atención de todo el mundo. A veces ella se preguntaba: «Por qué su opinión no valía y las mismas opiniones dichas por los demás iban a misa?». Tampoco ayudaba mucho que Javier le quitase la autoridad delante de los mellizos. Ella era la que los mandaba a la cama cuando era tarde, y su marido el que prorrogaba el momento jugando una partida más a la Play. Lola era el poli malo, la que estaba encima para que hiciesen los deberes, para que ordenasen la habitación, para que pusiesen y quitasen la mesa. Javier era el poli bueno, el consentidor, el amigo más que padre. No era agradable convivir con una persona a la que hablaba y no le atendía, que asentía sin hacerle caso mientras miraba el móvil. Javier era el padre cómplice, el rey del mambo en las conversaciones con las amistades, en los grupos sociales, el tío gracioso, el amigo que siempre estaba ahí..., pero también era el amo del dinero, de las llaves, el *ninguneador*. Y eso había minado el amor de Lola. Ya no se conforma con un poco más de cariño, hacía falta un cambio radical de actitud, necesitaba que le diesen el valor que ella tenía. Porque ella sabía perfectamente lo que valía, aunque no se lo dijese los ojos de Javier, sino los ojos de los demás. Y mientras acumulaba moratones en el alma, Lola abría las piernas sin entusiasmo, cumpliendo el débito conyugal. Porque alguna noche ya no tenía ni fuerzas para discutir ni ganas de aguantar su enfado, ni quería sentir su mirada lacerante. Y, entonces, observaba al techo mientras recibía sus torpes embestidas. En poco tiempo él se correría y se dormiría. Y el elefante, que pacientemente había esperado, los dividiría otra vez en dos. Y, ya tranquila y a salvo, Lola volvería a darle vueltas a un pensamiento que hacía tiempo se había instalado en su cabeza: «¿Cuántas veces una mujer puede sentirse humillada y seguir viva?».

BALCÓN

Lola al despertarse pensaba que era el inicio de otro duro día de rodaje de una película distópica en la que todos eran figurantes. Sobre todo, cuando salían al balcón. A las voces de preparados-motor-acción, la chica que ha doblado la esquina paseando a su perro tiene que mostrarse alegre porque tiene licencia para vagar por las calles, luego ha de saludar a la pareja de ancianos que con un bolso va a hacer la compra, cuando la campana de la iglesia tañe ocho veces en los balcones empieza la gente a aplaudir con espíritu gregario, el batir de palmas va disminuyendo poco a poco, luego se saludan como nunca antes lo ha hecho, con la complicidad del infortunio, porque las desgracias igualan, unen. Se acercan las yemas de los dedos a los labios y lanzan besos con la mejor de sus sonrisas. Y entonces suena el *Resistiré* del Dúo Dinámico, como en el final de aquella película de Almodóvar, que ahora no recuerda. Entonces, Lola cierra los ojos y se dice: «ya falta un día menos para que vuelvan los paseos por la playa o por el monte, para que los niños jueguen en los parques, para tomar unas cervezas con las amistades, y para que los besos y abrazos dejen de ser artículos de lujo».

Lola mira de reojo el reloj de la cocina, espera la hora de salir al balcón como la presidiaria espera el paseo diario por el patio de la cárcel que la saque de la celda. Los aplausos que homenajean al personal sanitario duran poco, pero Paco, el vecino de enfrente, pone música y canta algún tema que se sabe de memoria de los tiempos en que recorría los pueblos de la Comunidad con una orquesta. Viejas canciones que son himnos para una generación: *La chica de ayer* de Nacha Pop, *Lobo hombre en París* de La Unión o *Cien gaviotas* de Duncan Dhu, entre otras. A veces suena un pasodoble que ha pedido el señor mayor del primero, el que enviudó hace un año y le envuelve la pena. Tampoco faltan las canciones falleras, que añoran unos festejos que se suspendieron, una decisión

difícil de digerir para una ciudad tan orgullosa de sus fiestas. Paco ha hecho un grupo de *WhatsApp* vecinal y le hacen peticiones por escrupulosos turnos, que se saltan cuando alguien cumple años. También pone canciones infantiles para la chiquillería. Solo es media hora más desde el fin de los aplausos, pero para ella es un bálsamo. Le gusta bailar sola, cerrar los ojos y viajar a finales de los ochenta. Su marido nunca sale a aplaudir, prefiere ver gestas deportivas ya pasadas, que ponen en la tele para elevar la moral de la población. Sin pausa hemos ganado el Tour, la Copa Davis y hemos sido campeones del mundo de baloncesto, de balonmano o de fútbol. Y mientras que la pantalla se llena de medallas de oro y copas, a Lola le toca hacer la cena y servir la mesa. Ni si quiera los mellizos ayudan ya ganados para la causa por su padre, que les ha contagiado su fervor patriótico, y que desde el sofá se emociona con partidos de los que ya sabe el resultado.

La nota surrealista la puso Javier cuando se asomó por la ventana a gritar el gol de Iniesta, como si el tiempo se hubiese congelado, como si no hiciese ya diez años del Mundial de Sudáfrica, como si la camiseta de la selección esperase a que le bordasen una estrella de campeones. Sí, el tiempo había pasado, pero en su casa todo seguía igual, había actitudes que no habían cambiado.

-VI-

TORMENTA

Cuando Lola entra al comedor camino del baño lo primero que oye es el tamborileo de las uñas de Javier contra la mesa y su primera visión es su cara de mala hostia. «Cada vez se alarga más la música después de los aplausos en el balcón», protesta él. «Estamos celebrando un cumpleaños», se explica ella. «Los niños están muertos de hambre y yo también, ¡mira qué horas, vamos a cenar a las tantas!», se queja él. Ella estalla: «¿Y por qué no has hecho tú la cena, que desde que ha empezado todo esto no te he visto por la cocina?» «¡Otras cosas hago yo!, ¿quién baja al perro, o compra, o

entretiene a los niños?», exclama con furia él. «Prefiero que estés encima de ellos con los deberes, que yo bajaré a Canuto y compraré, así me da el aire mientras limpias y cocinas. Que ya de por sí ² me siento prisionera y aislada, imagínate sin poder salir de casa y con los niños. Y te recuerdo que el otro día cenamos a las tantas porque estabais viendo la final del Mundial, con las dos prórrogas y la entrega de la copa», replica Lola. Ya hace tiempo que las voces en alto se han convertido en gritos. Y por primera vez en mucho tiempo, ella sabe que el humillante desprecio con que habitualmente Javier la mira cuando abre la boca no va a encontrar el gesto suplicante de ella. Pero ese pequeño triunfo solo lo puede saborear un instante, hay algo en los ojos de Javier que le aterra, Lola ha olvidado que no puede defenderse haga lo que haga, que nunca va a poder controlar la situación, que las cosas no van a cambiar. Lo ha sabido siempre, desde que tuvo que elegir entre su familia y amistades y él, desde que le fiscalizaba la ropa que se ponía, o le obligaba a tener sexo, aunque a ella no le apeteciese, o le controlaba lo que se gastaba.

Javier se levanta, los mellizos lloran en el sofá.

-VII-

AGUANTA

Tumbada boca arriba sobre la capota de un coche el viento le muerde la cara, los brazos, las piernas. El cielo ahora está anubarrado e incierto. La luna ha desaparecido. Y de súbito: el rumor de la lluvia. Una arrogante primavera, que hacía años que no se veía, parece burlarse, tomarse venganza. «Aquí afuera todo va a florecer, mientras que vosotros os pudrís dentro». Las primeras gotas se mezclan con su sangre y se deslizan por sus dedos desnudos hasta caer al suelo. Un instante antes se había oído una fuerte discusión y la vieron caer por el balcón. Todo fue muy confuso. Entonces, la música cesó y comenzaron los gritos. Fueron gritos atávicos salidos de lo más profundo de las entrañas, los gritos de la tragedia, de lo inevitable, de la muerte.

«Aguanta, que alguien ha avisado al 112, que ya viene una ambulancia en camino, que estará al caer, que ahora no hay tráfico, que todo el mundo permanece confinado, que las calles están desiertas, que no se ve a un alma. Aguanta que te vas a poner bien, que a partir de ahora nadie nunca más te va a decir lo que tienes que hacer, que tu tiempo de reclusión ha acabado ya. Aguanta que el precio de tu libertad no puede ser tan alto, que no vas a pagar con tu muerte, que ya viene Juanjo a susurrarte al oído *Little Darling*.»